

NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.

REVISTA TAURINA.

Se publica al siguiente día de verificada la corrida.

No se admiten suscripciones más que para Madrid.

CARA-ANCHIA Y ANGEL PASTOR.

La cogida de ambos matadores ha sido el acontecimiento de la semana. Las visitas han menudeado en casa de los heridos; inscritos en la lista y sobre elegantes tarjetas bristol hemos leído nombres importantes, títulos de Castilla, apellidos de damas hermosas, de banqueros y de menestrales y... hasta de filósofos.

Esto es lo que más nos llamaba la atención; pero después hemos caído en que la muerte de un torero es siempre la muerte de un hombre y la filosofía no debe distinguir de profesiones.

¡Qué poderoso contraste!

Días anteriores el espada se ha paseado ufano y orgulloso por las calles de la ciudad; los chicos y los curiosos han formado corro alrededor de su elegante persona; como quien va á buscar el objeto de sus glorias se dirige él mismo á la vacada para escoger á su adversario, observa el toro de más afilada cornamenta, de más extraña pinta y de mejor trapío.—Este es para mí,—dice con los ojos fijos en aquella preciosa lámina. ¡Cuántas veces sucede lo contrario y él es para el toro! ¡Es cuestión de mutuas simpatías.

En todo el día ha estado refiriendo á sus amigos, y á los que no lo son, las impresiones del apartado. En el café *dá pelos y señales* de su enemigo para que todos le conozcan. Durante la noche sueña con él y ya se le representa codicioso con los pliegues de su capote, ya moviendo con su feroz resoplido los extremos de su muleta; ya, en fin, muerto á sus manos por una soberbia estocada, que le proporciona ricos veguereros de los aficionados, el entusiasmo de los espectadores y las miradas de las hermosas; muchas veces sueña también con que estos triunfos le valen la envidia de sus compañeros; hay que disimular esta ligera pasioncilla que, como pequeña nube, empaña de cuando en cuando la valerosa alma del espada soñador.

Pero llega la tarde objeto de todos sus deseos, y ya está en la plaza, templo de todas sus esperanzas. Un descuido, una ligereza, una insignificante distracción han bastado para que aquel teatro de gloria se convierta en sitio de muerte, para que aquellos ojos de damas elegantes que iban a sonreír con el triunfo se llenen de caritativas lágrimas, y del animado redonde donde bulle la alegría se traslade el cuerpo lastimado por el asta á la triste y fría sala donde espera el médico para hacer la primera cura.

El público ha salido preocupado por tan sentida desgracia; comenta el suceso de la tarde y con dificultad puede darse exacta cuenta del hecho. Catorce mil espectadores hacen otras tantas conjeturas, cada cual distinta y de diferente apreciación.—¡Ha sido muerto!—dicen unos.—¡Está herido! ¡Es solo un puntazo, afirman otros, y esta extraña mezcla de curiosidad y lástima, de incertidumbre y compasión, arrastra el público donde se halla el paciente para seguir con su imaginación el curso de su enfermedad y con su buen deseo el término de su mejoría.

Una cuartilla de papel, á veces emborronada y anti-ortográficamente escrita, da noticias diarias del parte facultativo. Casi siempre *el Estado* toma también parte en esta *desgracia artística*, enviando uno de sus representantes en la prosaica figura de un agente de orden público.

¿Cómo se concibe tal exageración? gritan los que se asustan de que una desgracia ocurrida a un torero interese tanto á la humanidad. Esto se explica.

El mismo espectador que vió antes al torero, según le dibujamos, henchido de alegría por la esperanza del triunfo, es el que le vé encunado en las astas y la muerte aleteando sobre su rostro.

¡El ha sido testigo mudo de aquel contraste! La felicidad se ha convertido en tristeza y los aplausos en lágrimas. Cuando llega la hora del descanso, la atribulada esposa y los infortunados hijos han recibido, en pago de las angustias de la tarde, el último beso quizás que le tribute el jefe de la familia.

La vida expuesta del lidiador iba á ser motivo de la alegría del público.

¡Qué extraño es que en pago de lo que el lidiador le hace gozar los días de suerte, el público se lo recompense á él con cariño en los días de desgracia!

Cara-ancha se retiró por su pié á la enfermería. Angel Pastor fué conducido entre los brazos de las asistencias del redonde. ¡Hasta en esto hay su amor propio!

Recordamos que una tarde, herido gravemente *Frasuelo* en la plaza de Málaga por un toro de Anastasio, fué ésta la primera pregunta que hizo á su médico de cabecera: ¿Murió el toro de mi estocada?—Sí, contestóle el facultativo.

—Entonces ya puedo morir tranquilo, repuso

el diestro, porque por de pronto yo he podido más que él.

La fiebre de la primera cura invadió un poco las facultades intelectuales de ambos jóvenes heridos. Cuando salió *Cara-ancha* de este letargo, preguntó al Dr. Camison:—¿Podré ir á torear á Sevilla? Angel Pastor salió también del suyo y preguntó contristado.—¿Dónde están mis hijos?...

Es cuestión de temperamento y de carácter: para el uno todos los cariños de la familia estaban reconcentrados en volver á arrimarse al asta. ¿Sera verdad aquello de la *nostalgia del cuerno* de que nos hablaba el Lunático?

¡Ha muerto! dijeron todos los que presenciaron la cogida de Angel. Los que asistimos á la enfermería en aquellos momentos, le vimos allí palido, casi amarillo, con las facciones desencajadas, casi sin pulsación en sus arterias y sin movimiento su pecho. La noticia de su muerte llegó á Sevilla por el hilo del telégrafo; se dice que *Frasuelo* lloró á su antiguo banderillero. Al día siguiente se repitió en todos los tonos que ya estaba mejor; después, que había desaparecido todo peligro.

—Desengañese V., me decía un aficionado; los toros no matan más que á los caballos.

Un sugeto enclenque, casi en esqueleto, con el pecho pegado á la espalda, y que según confesión propia una primera pulmonía le había destrozado un pulmón y poco le faltaba ya para echar el segundo, nos decía también envalentonado: ¡Es tan difícil acabar con la vida de un hombre!

—Pero señores, decía un maestro de escuela en un grupo de toreros poco después de terminada la 2.ª corrida: ¿Cómo se atreven ustedes en vista de estas desgracias, á dedicarse a tan peligroso arte?

—¡Ay, señor! contestóle el simpático banderillero Luna; es que preferimos morir de una *cora* que no de un dolor de estómago.

¡Y diran luego que los toreros no entienden de filosofías!

TOROS EN SEVILLA.

Consideramos enojosa para nuestros lectores la revista minuciosa de la corrida verificada allí el domingo 9. Otros estimados colegas han dado ya de ella extensos detalles y nosotros no vamos a reproducirlos. Nos atenemos, según es costumbre nuestra, al capítulo de las impresiones.

El héroe de la tarde ha sido *Frasuelo*; el



Lit. de J. Palacios,

PASEO DE LAS CUADRILLAS.

Arenal 27 Madrid.

desgraciado víctima Julian Sanchez, que llevó un varetazo en el rostro.

Gran animación y entusiasmo en los circulos taurinos la víspera de la corrida; en los cafés no se hablaba de otra cosa. El sábado 8, por la tarde, asistió el diestro Salvador a la dehesa de Tablada, con varios amigos, para mirar frente a frente a sus adversarios. Por la noche, gran algazara y alegre animación en el Suizo con la presencia de los matadores. *Currito* vestía de chaquetilla de astrakan con alamares de seda, y Salvador, que para estos casos se pinta solo, se había puesto los trajes de *cristianar*. Como aquella célebre artista de un teatro francés, que hacía fijar en los anuncios la noche en que sacaba a escena todas sus joyas y la entraba en las localidades aumentaba con este reclamo, así podemos decir de Salvador.

—Llevaba sus brillantes!

Un clásico andaluz, tan franco de espíritu como corto de cuerpo y que todos conocen en la hispanense tierra por la inoportunidad de sus preguntas, cuentan que se acercó al matador y le dijo:

—Diga usted, Salvador, ¿valen mucho esos brillantes?

—Muy poca cosa, contestó el diestro; el dinero de una temporada...

Cuando también que horas más tarde, cuando entre amigos y botellas de manzanilla se comentaba este diálogo, Salvador, refiriéndose a sus cristales, exclamó:

—Por dos cosas los daría: por los ojos de la buena moza (no sabemos quién sea la designada con este hermoso título en Sevilla) y porque mañana matara como Dios manda mi primer toro.

Llegó la tarde del domingo; la prensa lo ha dicho, el telégrafo lo ha transmitido, nuestro corresponsal nos lo ha comunicado: *Frasquito* dió seis soberbios pases a la res, la cuadró en jurisdicción, enderezó el estoque y le propinó una soberbia estocada en los mismos rubios, y hasta la empuñadura, que hizo morder la arena al toro sin necesidad de puntilla.

Aplausos, música, cigarros, prendas de vestir, sombrillas, pañuelos, etc., etc. La ovación más grande en que puede soñar un torero los días de color de rosa.

Como con nadie había apostado el valor de sus joyas en la noche anterior, sucedió lo que era de esperar: que se quedó con las palmas y con sus brillantes.

TOROS EN MADRID.

Segunda corrida de abono celebrada el 16 de Abril de 1882.

Todas las localidades ocupadas. En el palco de respeto S. M. el Rey. Algunos timoratos extrañaban el que el público acudiese con tanta avidez a la Plaza después de las desgracias ocurridas.

Si los mismos heridos hubieran podido salir a la calle, hubieran presenciado la lidia desde un palco; lo cual supone que la mayor parte de los españoles tenemos *sangre torero* en nuestras venas, unos porque la derraman, y otros porque la ven impasibles teñir de rojo la arena del redondel.

—Tercer segundo espada, Hermosilla! ¿Si se acordará demasiado del percañe de sus compañeros?—preguntaba un curioso.

—¿Cá,—respondióle un aficionado con ribetes de filósofo-pesimista,—ya verá usted cómo los Veraguas no le dejan siquiera pensar en eso! Los toros, mirando ya por la vida de sus descendientes, se han propuesto que los primeros espadas no tengan sucesores.

En estas ó parecidas impresiones presenciábamos el despejo del redondel, los rayos de Febo que ocupaban todas las localidades de sol, el pañuelo blanco del Señor Presidente, el cambio del Buñolero y los bellos ojos de muchas aficionadas. Presidía el Sr. Martínez Luna.

Salió el primer toro a la plaza; y el Señor Duque de Veraguas, que presenciaba las proezas de sus bichos desde un palco, debió sonreír de puro contento. ¡Muchas libras y mejor trapío! Todo un señor toro! Después de propinar varios tumbos a Colita, Bartolesi y Pepe Calderon, tomar a cambio

de estas caídas buenos puyazos y dar pasaporte a Colita para la enfermería, y, se nos olvidaba decir, propinar un *reverendo* susto al Gallo, por salir en un quite embrollado en la suerte, le puso en disposición de banderillas que le colocaron Mariano y Gomez (el mayor). Rafael, que vestía lila con oro, se fué al sitio en que le esperaba *Besito*, que este era el nombre del animal, y después de tres naturales, dos de telon, otro con la derecha y dos cambiados, le dejó ir con una estocada a volapié, enjendrada con el consiguiente paso atrás, y que resultó algo contraria. ¿Cómo se confía V. un paquito más con esta ganadería, Sr. Rafael! Verdad es que en cierta ocasión nos dijo V. cómo se torcaban estos animales...

Ya que no digimos las señas del primero, haremos constar que el segundo de la tarde era negro, mulato, liston, bien armado, astillado del derecho y por nombre *Campanero*. José Calderon y Bartolesi cumplieron su cometido. Los chicos de José Campos le tomaron algun asco a la fiera en la suerte de banderillas, porque ésta se defendía con insistencia y no hacía nada por ellos; después de algunas salidas falsas, consiguieron adornar con palos el morrillo de la res. Al toque del clarín, Hermosilla, que vestía un traje igual al de Rafael, se dirigió a su adversario, al que *pasó y repasó* con ocho pases con la derecha, dos naturales, cuatro de telon, y se tiró a matar con dos estocadas cortas y buenas arrancando; y luego con un volapié bastante caído en las tablas.

El Buñolero abrió la puerta a un *Paster* (de nombre, se entiende), algo castaño, bragado, ojinegro y bien armado. Con voluntad, pero sintiéndose al castigo, tomó algunas varas de los piqueros, y más tarde un par y medio de banderillas que le cogió Galindo, y otro su colega el Morenillo, ámbos cuarteando. Cuando el Presidente movió el pañuelo, Gallito, con estoque en mano, fué a hacer su correspondiente saludo, y se dirigió a su adversario, que despachó para el desolladero de una buena arrancando. No crean los lectores que esta sola fué la faena del diestro, pues a esta estocada precedieron más de cuarenta pases, y un pinchazo en su sitio y otro bajo y sin soltar, otro de lejos, y lo mismo, etc. etc. D. Fernando Gomez vestía de tórtola y plata. ¡Qué delicadeza!

El potro que montaba Colita fué hecho trizas por *Salvador*, nombre del cuarto toro, haciendo desmontar al piquero por detrás de la barrera. Este animal, que era negro azabache y de cuerna algo astillada del izquierdo, siguió respondiendo a las caricias de Calderon y Colita, aceptando una vara de cada uno. Gallo y Mariano cumplieron con sus banderillas regularmente. Tocóle su turno a Rafael y empleó la brega siguiente: dos pases naturales, tres de telon y dos cambiados para una estocada a volapié, casi hasta la empuñadura, contraria de *jartarse de toro*. El animal cayó como herido por un rayo, sin tener que agradecer nada al puntillero. (Ovación al diestro.)

Castaño, bragado, chorreado de los cuartos traseros y bizco del izquierdo era *Cometo*, que ocupó el quinto lugar. bravo, aunque sin recargar tomó dos puyazos de Colita y tres de Bartolesi. A la salida del cornúpeto Hermosilla le dió una verónica, y la res pasó sin hacer nada. El Barbi cogió a *Cometo* dos pares de reiletes al cuarteo, el segundo superior, y Pedro Campos medio par regular, después de una silida falsa. El espada Hermosilla, después de una brega deslucidísima, compuesta de veinticuatro pases de todas las escuelas, y más órdenes que pases, despachó al de Veraguas con un pinchazo en hueso sin soltar, otra estocada en hueso a volapié y un golleteazo de los de primera. Anti-ovación al siniestro. ¡Ni aun llevar el traje parecido al de Rafael le valió!

Cornú-abierto y de pocos años fué *Vencejo*, lidiado en último lugar. Tomó dos varas de Colita, tres de Bartolesi y cinco de Fuentes. Galindo y el Morenillo adornaron el cervigullo de la res colocándole tres pares respectivamente cuarteando. El Gallo dió a *Vencejo* dos naturales, uno de telon y otro cambiado, precursores de una media estocada en su sitio y a volapié. No necesitó más el toro, para hacernos salir fuera de la plaza a hora en que aún pudiéramos haber presenciado otra corrida.

APRECIACION. Los toros del duque han respondido como siempre a la reputación de su ganadería. En especial el primero era una hermosa lámina; bravo, de poder, codicioso y noble como la majestad de su persona, como diríamos *en serio*. Los otros cinco se resintieron algo en las segundas y últimas suertes de la lidia; á veces se aplomaban, á veces tomaban determinadas querencias, y sobre todo, el quinto humillaba demasiado en el momento que el matador se iba a poner en suerte.

¡Nada diremos de la brega de Rafael en los quites de caballo! Ya lo hemos dicho. No cabe mayor limpieza, ni más seguridad en la ejecución, ni más garbo y arte al terminar la suerte. Cuando sus compañeros desplegaban el capote, entonces podíamos apreciar la superioridad del maestro. ¡Qué

quite tan magistral empleado en una de las caídas de Bartolesi! El testaz del toro salió enredado en su capote, el diestro midió perfectamente el terreno y le señaló *jurisdicción*, después le hizo quebrar en toda su carrera, se ciñó con el cuerpo al asta para codiciarle más al engaño y una vez cuadrada la fiera, el diestro salió airoso, elegante de los mismos cuernos del animal y casi en los medios de la plaza, con la vista fija en el público y la sonrisa de la serenidad dibujada en su boca.

Pero vamos a la suerte de matar... Rafael pasó un tanto movido y sin gran arte a su primer toro; los tres primeros naturales fueron buenos; los tres de telon y el cambiado, de testables; Al liar el trapo le vimos más cerca que otras veces, pero el deslucido paso atrás le cambió el terreno, y el esto que no pudo seguir su *legítima* dirección. En su segundo estuvo mucho mejor que en todo lo que vá de temporada. Se animó a *Salvador*, que así se llamaba tan noble adversario; le trasteó regularmente, y se dejó ir con una estocada casi hasta los gavilanes, que terminó con la fiera. ¿Lo vé usted, señor Rafael? Como en este toro se enhió usted frente al piton izquierdo, y disimuló su pasito de ordenanza, y no cuarteó con el cuerpo, dejando sin movimiento la muleta frente a los ojos del animal, sino que le arrancó en corto y dió con el trapo la debida salida, ¡claro es! la estocada resultó buena, *contraria de puro buena*, y usted se llevó las palmas, y los cigarros, y todo lo que hubiese querido, y nosotros nos hemos traído a casa la satisfacción de verle y la seguridad de que hemos aplaudido a un maestro. Ahora hace falta que delante de todos los toros sea usted poco más ó menos así, porque, en fin, esto de ser *valiente* con los Veraguas, y... no queremos decir la palabra, con otras ganaderías, ni conviene a su fama, ni es digno de los ricos veragueros con que el público premia su trabajo.

¿Y qué diremos de Hermosilla? A su primer toro le dió dos buenas estocadas cortas, en su verdadero sitio, y tuvo que concluir su faena con una *vergonzosa* baja.

¿En qué consiste esto, D. Manuel, que pudiéndose haber llevado ayer las palmas del público, no consiguió sino incomodarle? Pues se lo vamos a decir. Cuando usted da su último pase y lía, se coloca en su verdadero terreno, engendra al poco la suerte, y ¡claro es! la estocada resulta en su sitio; pero no bien ha sentido su mano la entrada del estoque en el cuerpo del animal, retira de su puesto la muleta, su persona se sale del terreno y la mano abandona la empuñadura: ¡por qué no se espera usted a que el toro haya terminado el derrote y su mano tocado el morrillo? Esto sería lo natural, y en ese sitio es donde se buscan las reputaciones y las palmas. ¡Allá vá el consejo de un aficionado, que no sólo usted, Sr. Hermosilla, sino sus compañeros de tanda deben aprovechar! A los toros se *les cuadra* en la misma cabeza; la muleta se *agrande* para que ellos la vean; el giro de los ojos se tiene muy presente para prevenir las coladas; se los deja *llevar* para que se *desengañen*, se los pasa poco y se procura dejarlos lo más corto posible y lo más derecho, y con todos estos elementos, hábilmente combinados, se les *hiere* avisándolos, *vaciándolos* en jurisdicción para que no hagan *enmiendas* y sin que tampoco hgan enmiendas el cuerpo y la mano del diestro que no deben salirse, el primero de su terreno y la otra abandonar la espada hasta consumar la suerte. ¿Estamos enterados?

Una vez escuchado este *répique*, no queremos ocuparnos del segundo toro del referido diestro. Aquello era más bien un campo de operaciones que una suerte taurómaca; órdenes a los chicos, a los espadas, hasta al mismo Buñolero; ningún sitio era a propósito para meter el brazo, ninguna postura del toro hábil para jugar el estoque. Y después de tantos pases y recados, y disposiciones, y vueltas y revueltas al toro, ¿qué... una estocada de la peor escuela posible. Si el Sr. Hermosilla supiese latín le contaríamos aquello de *Mons parturiens*.

Sr. Gallo, ya vamos perdiendo los papeles; antes se le podía a V. mirar con la muleta en la mano. ¿Qué tenía su primer toro para no haberse lucido con él? ¿Por qué no empezó por donde tuvo que terminar con él, dándole una buena estocada? Es preciso que el poco aplomo y la desconfianza erijida en sistema desaparezcan de su espíritu.

En resumen: La corrida puede calificarse de buena; Rafael ha sido el héroe-relativo de la tarde, y no le llamamos absoluto porque aún puede hacer muchísimo más.

De los banderilleros, un par del Gallo y otro del Barbi. Al terminar la fiesta, todos nos dimos por contentos: ¡los toros habían respetado al segundo espada!

ALEGRIAS.

El lunes próximo publicaremos un *cromo*, que representa la cogida de Angel Pastor, y una semblanza literaria, escrita por *Alegrías*.

Imprenta de José M. Ducacal, Plaza de Isabel II, 6.

ANUNCIO.

LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

SE PUBLICA AL SIGUIENTE DIA DE CADA CORRIDA DE TOROS HABIDA EN MADRID.

Administración: Plaza del Biombo, 4, bajo.

Se admiten suscripciones exclusivamente para Madrid en las principales librerías y en la calle del Arenal, núm. 27, Litografía.

PRECIO: Por un trimestre..... 2 pesetas 50 céntimos.